
X DISCURSO LEIDO

POR EL SR.

X DON ALFONSO MOSCOSO

MIEMBRO ACTIVO DE LA SOCIEDAD JURIDICO-LITERARIA
EN LA
SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS
DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR,
CORRESPONDIENTE AL AÑO ESCOLAR
DE 1904 Á 1905



Señores:

Sin embargo de la persuasión de que con mi escasísimo patrimonio intelectual, mal podré corresponder á la honrosa confianza que me ha dispensado la Junta Administrativa, al designarme para que lleve la palabra en la distribución de premios del curso escolar que finaliza, he creído de mi deber presentarme ante vosotros y haciendo valer la benevolencia del ilustrado auditorio que presta solemnidad á esta fiesta del talento y del estímulo, ceder al atrevimiento de dirigiros la palabra, desde la tribuna que ilustraron con sus relevantes cualidades, discípulos esclarecidos de la Universidad de Quito.

Invoco, pues, vuestra indulgencia y á élla me acojo para creer que habréis de prestar atención á la voz con que suena en mis labios la fe en los altos ideales de la juventud ecuatoriana, anhelosa como nunca, de encauzar su labor entusiasta hacia la meta del engrandecimiento de la patria.

Y os vengo á hablar, Señores, del problema capital para la vida de un pueblo, de la alta idea que preside el desarrollo de la nacionalidad moderna, de ese vínculo misterioso que, escondido en las secretas reconditeces de la naturaleza humana, une los corazones y los cerebros, y presenta aquí y allí organismos distintos y variados, personalidades complejas animadas de tendencias armoniosas, colectividades con su peculiar carácter, desenvolviendo todas su actividad fecunda dentro de la evolución grandiosa que va marcando esa como mano de Dios á que llamamos ley del progreso.

El amor á la patria, he ahí, Señores, el asunto que trataré de bosquejar, nó, desde luego, para aportar al riquísimo caudal de vuestros conocimientos, idea alguna nueva y que vosotros no la sepáis, antes bien como una modesta enunciación de determinados puntos á los cuales deben detenido estudio las inteligencias ecuatorianas, dentro de ese inagotable océano de problemas que abarca el objeto de mi discurso.

Y es que, precisamente, cuando los pechos juveniles alientan con el vigor de la plena salud del alma y sienten ellos cómo se dilatan los ideales y palpitan las energías latentes á la caricia mágica del estímulo, conceptúo provechoso el llamamiento á las voluntades que guardan la acción eficaz y bien intencionada para laborar en pro del porvenir ecuatoriano.

“Son las nacionalidades producto del acaso, de las invasiones, de las guerras, de la mezcla fortuita de las razas?” Interrógase el sabio providencialista Laurent en su monumental Historia de la Humanidad; y al poderoso incentivo de tal pregunta, cual si entrañara un conjuro formidable, surgen del fondo negro de la prehistoria, del caos de los siglos inescrutables, y ocultando siempre el arcano infinito de su origen, desfilan por la mente las familias errantes y dispersas, conduciendo á través de su desolado peregrinaje, los destinos de la especie humana y la virtud oculta de su naturaleza perfectible.

El trabajo lento de la Historia, con la maravillosa eficacia de sus leyes, se encarga de combinar las vicisitudes de la heroica lucha del hombre, viajero eterno hacia la felicidad que lo atrae fatalmente con el brillo de sus galas; y por el proceso gradual con que la naturaleza forma sus grandes obras, la cultura moderna ofrece á la consideración del sabio este prodigioso fenómeno de la nacionalidad, proyección misteriosa de la familia errante, á través de los siglos y los siglos.

Y cuál será el entendimiento que no se sienta absorto ante la cristalización más grande de las aspiraciones humanas? La rudeza primitiva ha se trocado en ese refinamiento artístico creador que apaga la sed en la fuente inexhausta de la belleza ideal y arranca de élla el hálito vivificante con que anima las cosas de la tierra. La tiniebla pavorosa que envolvía el alma del salvaje es hoy la luz fulgente que aclara los espacios infinitos y descubre cuántos y cuántos secretos de la creación universal. El egoismo bronco de los hombres que allá se pierden en la bruma de un pasado ignoto, ha dejado el campo á la fraternidad humana que allega el pan á los labios que hán hambre y unge con bálsamo de olor los corazones menesterosos. Y en cambio de la fuerza que despedaza y mata, el derecho ampara con sus alas inmensas á los hombres todos, iguales y libres para llenar en paz su misión en la vida.

Y ciencia y arte, fraternidad y libertad son estrellas de esa constelación que brilla en lo más alto y que tocando con sus rayos de oro las fuerzas dormidas de los seres pensantes, les impele de modo irresistible á la actividad fecunda, siendo la resultante de esos conceptos universales asimilados por las facultades del alma y adaptados á las condiciones de la vida, los organismos íntegros y palpitantes de energías, las naciones, las patrias de los diversos hombres del planeta.

Pero tales organismos con fines propios, son al par medios necesarios del desarrollo del individuo, relación que impone á éste el deber ineludible de conservarlos para conservarse, de propender á perfeccionarlos para

perfeccionarse, de querer engrandecerlos para engrandecerse, surgiendo de aquí el mandato más sublime del decálogo cívico: *con el mismo amor que te amas, ama á la patria.*

Y he aquí cómo un precepto moral que vincula la libertad y ata el albedrío, truécase por arte mágica en espontánea oblación del alma, y la rigidez inherente á todo deber se ablanda por modo maravilloso y puédese ya sustituir por la áspera palabra obligación, el dulce vocablo amor.

Dotadas de existencia propia, las naciones arraigan en el corazón de la naturaleza que las presta savia y vigor por el concurso de infinitas causas. La resultante cohesión de sus elementos individuales agrupados en prodigiosa estructura es la fuerza secreta que las hace vivir; y el amor á la patria es la corriente de eternos gérmenes que van y tornan, renovando, en incesante labor, las ocultas fuentes de la vida nacional.

Es el amor á la patria quien, como celoso guardián de un tesoro, vigila siempre por las libertades públicas; es el amor á la patria quien, con solícito afán, atiende al clamor de los dolores sociales; es el amor á la patria quien arranca de élla la roña de las instituciones caducas; es él quien levanta el alma hacia la verdad y la belleza, y abate hacia la prolífica tierra la abnegada frente del trabajo cuyas energías, en comunión con las fecundas de la naturaleza, producen los valores y preparan ese resorte poderoso del comercio, que no sólo lleva y trae mercancías y utilitarismo, sino también auras germinales que refrescan los espíritus, convidándoles á desatarse de yugos y proclamar la libertad amplia, único ambiente propicio al pensamiento humano.

Esta secreta virtud, cuya tendencia mira siempre á tan noble objeto no es algo postizo á la esencia racional, antes bien patrimonio congénito de élla la ha seguido por doquier en los vaivenes arriesgados de las generaciones, sin abandonarla jamás en los desastres de las grandes ambiciones domeñadas, ni en las trágicas dispersiones de las derrotas formidables. Luz que se apaga á ve-

ces, no es que ha muerto, sino que hay calores que se esconden, y al ganar en intensidad, esperan la ráfaga que ha de hacerles brillar con más claros fulgores.

Ahora, ayer, siempre, el amor á la patria ha sido el irresistible *sursum corda* que ha devuelto la frescura primera á los estímulos gastados. Poderoso sentimiento que no acaba, en todos los tiempos ha golpeado dentro del corazón con sus potentes alas.

Nunca olvidaré la íntima unción con que sentí penetrar en mi alma la sutil idea artística que dejó Flaubert en una de sus infinitas pinceladas maestras. Prolongada, sangrienta, bárbara lucha había por fin, hecho acampar á la masa heterogénea de tribus gerreadoras á las puertas de la ciudad de los Zufetas, contra la cual dirigían los invasores la avalancha de su furor salvaje. La resistencia púnica los detenía en la costa del mar de Cartago; y cuando los días tras los días se iban entre la lucha tenaz y la esperanza de esa victoria cuanto más anhelada más tardía, las cansadas falanges buscaban en el austero calorcillo de sus tiendas el secreto vigor que los reanimara. Y érase una vez que el cielo estaba gris, el mar como una plancha de plomo, hoscos y estrechos los horizontes, cuando al golpear de la lluvia acercaban los rostros á las aberturas de sus tiendas y al mirar la desolada tristeza del paisaje y sentir el soplo húmedo del viento gemidor, cerraban los ojos y veían allá, los campos que cultivaron en la patria lejana, bañada por los fulgores de un sol purísimo y calentada por el aliento del desierto.

Al recordaros este rasgo por lo profundamente humano que nó por lo histórico, desátase en mi cerebro la más entusiástica admiración que me prosterna de hinojos ante la pasmosa sencillez con que la naturaleza prepara los hilos de sus más complicadas urdimbres; y es que veo con la más elocuente evidencia, cómo el amor á la patria que, en sus proyecciones más altas, muestra los más complejos problemas de la Sociología, brota modesto, como la flor de su tallo, de los innatos afectos del corazón hacia el girón de los cielos que sustentan las montañas á

cuyos pies se asienta la cabaña nativa, hacia los perfumados espigales que arrullaron el hermoso despertar de los ensueños infantiles.

Si es tan simplicísima la naturaleza de los elementos primordiales, notemos aquí, Señores, la misteriosa armonía que los hace converger ó los separa, que los atrae ó repele, que así los combina y desarrolla fuerzas secretas, como los conserva á cierta distancia sin menoscabar sus energías; y al ordenarlos á todos, establece esa nimia solidaridad de las eternas leyes del universo.

El hombre, la nación, la humanidad, he aquí el dogma de la trinidad que la Ciencia moderna invoca. Los tres miran, cada uno, al objeto de su tendencia específica y se funden en una sola unidad, el hombre, causa final más alta de esa labor triple. ¡Y á cuántas consideraciones induce al pensamiento esa maravillosa bifurcación del destino humano, que al llevar el torrente de la vida individual á nutrir con ella las raíces de las nacionalidades y los grandes intereses de la humanidad, para que refluya con más poderoso ardor en beneficio del hombre, impone á éste los supremos holocaustos y exige de él la trágica abnegación con que ofrenda la vida por la vida de la patria!

Y oh sublime paradoja de la Historia que presta vitalidad á una potencia, matándola! Dijérase que estuviera aquí la luz que bañó con sus rayos de color la rica fantasía que imaginó la fábula del ave misteriosa! Y es que al considerar el amplio cauce de la patria por donde han de correr sonoras y activas las moléculas pensantes, no debemos olvidar la cuenca infinita del mar del género humano, término fatal á donde todo *converge* y principio fecundo de los eternos vapores que, transformándose, han de ser después el agua de los ríos palpitantes. Para curarnos del pesimismo que nos oprime, cuando en la perpetua gestación del progreso, sentimos en el alma el zarpazo de ese monstruo formado por las miserables ambiciones egoístas, levantemos la frente y miremos los altos destinos hacia donde va el hombre, "convirtiendo, como dice Gorki, el rugido de su dolor en músicas subli-

mes!" Así es como el dolor humano ha sido la escala roja por la cual vienen subiendo á la cumbre las generaciones sucesivas!

Pero, si natural y espontáneo, el amor á la patria para crecer robusto, ha de encontrar el ambiente adecuado á su desenvolvimiento; y de aquí arranca el derecho incontrovertible de la nación para abrir á sus miembros las fuentes todas de la sabiduría y dejar que en ellas beban la clara linfa de la verdad eterna. Y cuán árdua en este punto, Señores, la misión de esa síntesis de las energías soberanas á que llamamos Estado. Alma inmensa que todo lo anima con su virtud, tócale la inspección suprema y el impulso director de las fuerzas iniciales que mueven la educación pública; y la propia razón que le cohibe y le niega títulos que justifiquen su intromisión en el libre afanar privado, pone también en sus manos la fusta con que ha de alejar de los torrentes en que apaga la sed el pensamiento del pueblo, á los que emponzoñan la onda saludable con el enervante beleño de los falsos ideales.

El Estado tiene el deber indeclinable de impedir que sufran mengua los escondidos resortes de la voluntad, foco de donde parten á los organismos sociales, el calor y la luz que los fecunda. Cuando manos sacrílegas se apoderan de la niñez, la desgarran, la trituran, la amasan, y vaciada en la turquesa de los convencionalismos asfixiantes, entréganla al Estado para formar con élla los ciudadanos de mañana, culpable es el Poder Soberano que no liberta á la infancia que agoniza, del peso abrumador que la aplasta.

La arcana Sabiduría que se esconde en lo infinitamente profundo, donde no hay entendimiento que la alcance ni alma que no la presienta por mágica adivinación, dotó á la naturaleza del hombre con ese grupo armónico de fuerzas: voluntad incontrastable, poderosas pasiones de variados matices que auxilian á la resistencia en la lucha, intelecto audaz que se eleva y descubre nuevos senderos que nos llevan al cumplimiento de nuestra misión progresiva. ¡Cuán sacrílega, pues, Señores,

por muy sincera y bien intencionada que élla fuera, la labor destructora que corta miembros, sofoca impulsos, abate tendencias, estanca energías! Y no es, Señores, que yo conciba la libertad como el turbión revuelto y devastador que allá se va con los deshechos del bien y la escoria del mal, sino que creo con la fe ardiente del calor de mi juventud, que no hay derecho que legitime esa tutela que nos toma de la mano y proclamando que nos conduce á donde el misterio empieza y las alas de la razón se rompen, llene de sombras y tristeza la vida, haga languidecer los nobles arranques del alma y nos anticipe el frío y silencio de la muerte.

Qué meritoria labor, en cambio, aquella otra que escudriña con escrupuloso afán la trama secreta de las leyes psicológicas y combinándolas con las altas miras de la humanidad, infiltra en el corazón del pueblo la savia que vigoriza sus anhelos todos y que aclarándole la inteligencia, fatalmente sincera, le marca los rumbos por donde pueden ir derechas hacia la perfección las tendencias de la activa naturaleza. Sólo entonces serán las naciones seres capaces de cumplir sus destinos, y el amor á la patria alcanzará la potencia máxima de su fuerza creadora.

Sobradamente clara la necesidad de mejorar las condiciones auxiliares al desarrollo de la voluntad colectiva, no hemos de pararnos á proclamar la excelencia de la filosofía que, sobre la base incommovible de los nuevos métodos, ha levantado el faro que vierte su intensa luz sobre campos inexplorados, donde, cual mariposas ávidas de efluvios radiantes, los grandes cerebros del mundo se agrupan en torno del concepto de la vida é inquietan con la perspicacia del genio los ya presentidos secretos de ese arte del porvenir, que vendrá á ligar las almas en estrecho vínculo, á depurar ideales y abatir fantasmas. Yo os invito, jóvenes que me escucháis, á afanaros en esa obra de la civilización, y en tanto laboráis vosotros, será la voz de mi entusiasmo la que acalle la grito rebelde, con el conjuro poderoso de esta fórmula de la esperanza humana: *laissez faire, laissez passer*.

Las consideraciones especulativas que á grandes rasgos he enunciado, mueven mi razón hacia un corolario de orden práctico, en cuyos campos me permitiréis estar por breves momentos.

¿La nacionalidad ecuatoriana ha alcanzado su total desarrollo extensivo? Es decir, ¿la potencia nacional coincide en el Ecuador con la suma de todas sus fuerzas individuales?

No quiero ver la cuestión sino por un solo aspecto, el más fundamental, el más arduo, quizás, de nuestra existencia colectiva. Constituida la República sobre la dualidad de razas, de las cuales la triunfadora ha esclavizado á la vencida hasta el punto de anular en ella los valerosos ímpetus de la dignidad humana, presenta el Ecuador la más anormal hibridación que puede caber en la Historia: los más altos conceptos de la democracia moderna, en absurda combinación con el más bajo sistema fósil de la división de clases. Y hé aquí cómo de una población cuya cifra alcanza, talvez, á un millón y medio, seiscientos mil indios, por lo menos, vegetan en desolada orfandad, en los declivios de la Cordillera Andina.

¡Raza infeliz, hija del misterio y las lágrimas, hunde en la muerte su bronceada cabeza y hasta la sangrienta huella de su planta borra el polvo del olvido!

Y ha sonado la hora, jóvenes que habéis presentado los nobles pechos á la condecoración de la sabiduría, ha sonado la hora de parar mientes en las grandes necesidades de la patria y de inquirir la manera eficaz de redimir sus dolores!

No os llamo á la reforma violenta. Admiro, que no sólo legitimo la ira fecunda que despedaza injusticias para establecer el equilibrio natural de las cosas; pero ¿qué más daría que edificar sobre el aire, el establecimiento de un sistema legal, por ejemplo, en que proclamándose los fueros de la humanidad se determinaran apriori múltiples garantías para el mismo que habría de quedarse luego abandonado á su propia ineptitud é ignorancia, causas que harían nugatoria toda protección cariñosa?

Lo que yo os propongo es la asimilación del indio, atraerlo á la corriente de la vida nacional, despertar en él el conciente amor á la patria, infundirle el alto espíritu de la dignidad humana, utilizar, en fin, la enorme cantidad de energía que no se desarrolla, se anula ó se desvía del punto de aplicación.

Con el fervor del más hondo patriotismo acariciamos, cuántas veces, las excelencias teóricas del acrecentamiento de fuerzas por medio de la inmigración, en la cual, con sobrada justicia, tenemos fincadas valiosas esperanzas; y no pensamos jamás en que al alcance de nuestra mano hay una inmensa porción de ecuatorianos cuya acción no es apreciable, si ha de atenderse al grado posible de su desarrollo potencial. En tan injustificable olvido, no entran consideraciones de la preeminencia natural de una raza sobre otra, de la indiscutible supremacía de las razas blancas, en todos los tiempos; sino que habituados al enervamiento que se respira en la soporosa quietud de nuestro ambiente, no prestamos el oído atento á la voz que de cerca reclama el concurso de nuestra fraternidad, y deslumbrados con el brillo sugestivo de la amplia órbita en que giran las grandes naciones salimos del letargo, ambiciosos de ganar de un salto la distancia que nos separa de la altura por aquellas alcanzada, y es el ofuscamiento de nuestra ambición el que hace que descuidemos el detalle necesario y que sea gran parte de los triunfos nuestros, dorada vanidad que se esfuma como el esplendor del cielo.

Si es incuestionable la excelencia de las razas europeas, es indubitable, también, la ductilidad de todas, aun de las más inferiores, para ceder á la presión civilizadora de la Historia; y aunque desoyéramos toda enseñanza y acalláramos el grito de los deberes humanitarios, la importancia del problema estriba en la necesaria debilidad de la Nación Ecuatoriana, si de sus fuerzas elementales, la suma empleada en la lucha de la tierra pierde las nueve décimas partes de su intensidad. Para resolverlo tinosamente ha de optarse por bases sólidas. La reforma de la escuela rural, transformando su tecnicismo rutinario

en un sistema de educación práctica en que predomine el carácter agrícola y la economía del cultivo. La apertura de rumbos nuevos á las inteligencias de la clase directora por el establecimiento de Institutos de Agronomía y Quintas Normales, cuyo seguro resultado sería una generación emprendedora que, al buscar campo de aplicación á los conocimientos adquiridos, concibiera la urgente necesidad de mejorar la condición del indio, á fin de encontrar en él un poderoso auxiliar de sus planes. El fomento del espíritu corporativo que movería á la organización de sociedades de agricultura, las cuales vendrían necesariamente, por ley de su desarrollo, á procurar la labor conciente del trabajador del campo, siquier sea un móvil utilitario el que incite á mejorar al indio, como anhela el industrial perfeccionar los telares de su maquinaria. El arte, por fin, que ajeno por su naturaleza á toda otra tendencia que no fuera la realización de lo bello, alcanza el más alto timbre de su noble alcurnia, cuando concurre con su poder maravilloso á romper las trabas que sujetan las aspiraciones de la patria.

He ahí, Señores, algo de lo que yo considero como el más trascendental objeto de nuestro estudio.

Avivemos, aun más, la luz que irradian los nuevos ideales, inundemos de élla las almas juveniles que miran al porvenir y sienten las palpitations de la secreta virtud de la solidaridad de las generaciones; y cuando el amor patrio sea en todos y cada uno de los ecuatorianos savia fecunda que vigorice la conciencia nacional, entonces, más que nunca, podremos alegar el derecho del Ecuador á tomar parte en el cumplimiento de su misión histórica, como pueblo soberano.

Señores.